

ingro un gran número de estos ejentes. Susenidos, así como los de sus secretarios i adjuntos, deberían ser módicos. Habría de haber clases, segun fueren acreditadas en pueblos de primer o segundo orden. En cuanto a Chile, nosotros proponíamos que solo los estableciera, por ahora, en el Brasil, Buenos Aires, Port, Nueva Granada, Alemania, España, Francia e Inglaterra.

En la época que alcanzamos, es un hecho indudable que el comercio i la industria retroceden siempre con usura las sumas que se les constata. En el tiempo de desarrollo i progreso incesante en todos

MEMORIA

DE LOS

HECHOS MAS NOTABLES

OCURRIDOS EN LA REVOLUCION

DE LA

REPUBLICA DE CHILE.

(OBRA INÉDITA)

La historia que embelesa, es la historia de los contemporáneos, i mas que todas la que ha sido escrita por los actores mismos de los hechos que en ella se narran; i despues de todo, ella es (con las rebajas que una crítica severa prescribe, tomando en cuenta las afecciones del historiador) la mas auténtica, la mas digna de fé.

ANDRES BELLO.

Muchos de los actores que han representado uno de los primeros roles, en las revoluciones humanas, con la conciencia de su importancia, han cuidado de trasmitir a la posteridad la explicacion de la conducta que observaron. Es una especie de confesion que, sin humillar la frente i ántes al contrario altaneros i er-

guidos, rinden a sus semejantes, no arrepintiéndose por lo que han hecho ni perdonando a sus enemigos, con la resignacion de los penitentes católicos. César robó a los azares de la milicia i a las zozobras de la política, algunos momentos para erijirse en sus Comentarios el mas espléndido monumento; i Napoleon, cuando estaba encadenado a una roca, con el corazon roído por la ambicion i los recuerdos de su gloria, dictaba la narracion de las campañas que le ilustraron, i pronunciaba palabras que sabía muy bien que el mundo escucharia de boca de fieles amigos. Se- mejante manera de proceder es un derecho de que no podria despojarseles con justicia, pues nadie debe ser juzgado sin oírsele.

En tales escritos, aparecen los personajes cuales son; por mas que se escuden con sutilezas i sofismas las pasiones jenerosas o mezquinas que los impulsaron, se traslucen en su estilo. Una frase, una palabra que lleve el sello de la buena fe o de la malicia, los absuelve o los condena. Son estas obras objeto de tan minuciosos estudios, se escudriña con tanto cuidado su sentido, que es imposible que se escape el pensamiento de él que las escribió. La imparcialidad no es siempre su mérito, pero por lo mismo presentan un cuadro animado i colorido de las ideas, preocupaciones i espíritu de los partidos políticos de una época. El autor de *memorias* no puede hablar friamente de sucesos recientes, que han pasado bajo sus ojos i cuyo interes está todavia palpitante en el momento en que toma la pluma, sobre todo, si es el jefe o uno de los alistados bajo las banderas de algunos de los bandos que combaten. La calumnia i el sarcasmo se prodigan allí tal vez a manos llenas, mas la injuria se opone a la injuria, los falsos testimonios de los unos se corrijen en vista de las razones alegadas por los otros, si se comparan los procesos que reciprocamente se levantan las diversas facciones en los documentos de esta especie, debiendo nacer la verdad de semejante contienda, como brotan las chispas del choque de las piedras. El que sin prevencion trata de resolver estas causas ruidosas, cuando está ya apagado el ardor de la lucha, se encuentra así con el poder de resucitar los hombres del pasado, para volverlos a poner en escena, en el teatro de la historia. Esta asume de este modo su verdadero carácter, esto es, llega a ser la representacion en carne i hueso, por decirlo así, de los individuos que intervinieron en la suerte de las naciones, i no una exposicion fria i desnuda de toda pasion. Esas páginas trazadas por los mismos que forman su asunto, i en que se narran los hechos despojados de toda pompa i sin

un lujo postizo, ofrecen el complemento i la fuente mas fecunda de la historia.

Este jénero de literatura, que en la antigüedad cuenta por sus padres a Jenofonte i a César i de que se ha abusado en los siglos modernos, arrogándose hasta los entes mas insignificantes la facultad de aburrirnos con la relacion de acontecimientos de ningun interes, no es uno de los que ménos se ha cultivado en América. Corren impresas i existen manuscritas varias memorias referentes a la revolucion de la independendencia i a las agitaciones posteriores. El *Diario* del Jeneral Carrera, obra de esta clase, inédita todavia, forma juego con un manuscrito adquirido recientemente por la Biblioteca Nacional. Este último que lleva por titulo, *Memoria de los hechos mas notables, ocurridos en la revolucion de la Republica de Chile*, la encara bajo el punto de vista de los *O'Higginitas*, siendo lícito presumir que su autor quizá es el mismo don Bernardo O'Higgins; i si no es así, sin disputa, fué compuesto bajo su inspiracion. Los datos en que se apoya la primera de estas aserciones, son de mucho peso: su hermana era la que poseia el manuscrito, el estilo se asemeja al del Jeneral i lo que es mas, está copiado con escritura de dos clases diversas, que se alternan a trozos, i persona respetable, que conoce la letra de O'Higgins, asegura que es una de las que aparecen; razon que me parece mui poderosa para atribuirle estas *Memorias*; porque todo un personaje como aquel, no se reduce jamas a la humilde condicion de escribiente.

La obra deberia constar de dos partes: en la primera «se recuerdan los hechos desde nuestra esclavitud, el modo cómo adquirimos una quimérica libertad, cómo i por qué causas malegramos el tiempo para consolidarla, quiénes fueron los autores de nuestras desgracias, i hasta qué punto llegaron, entregándonos segunda vez a los tiranos;» en la segunda se iba «a referir los esfuerzos de los chilenos i sus auxiliares, para restablecer su territorio, cómo lo consiguieron, los adelantamientos del país, la mejora de sus instituciones i las vicisitudes de los gobiernos» hasta la época en que se escribió, pues no tiene fecha; pero no existe mas que la primera parte.

Se conoce que en los veinte i un capítulos de que se compone, está estampado el pensamiento de alguno que no fué indiferente a las conmociones de entónces. La exaltacion del lenguaje, el calor con que se pronuncia acusaciones, cuya inverosimilitud demuestra su misma exajeracion, descubren la parcialidad en lo-

das sus líneas, ofreciéndonos un compendio de los cargos que echaba en cara a sus enemigos, uno de los partidos que aparecieron casi desde los primeros dias de la revolucion. Para él, O'Higgins es el jenio tutelar de Chile, i a Carrera le niega todos sus sacrificios, todo su mérito. Se trata pues de denigrarle; pero no conseguiran que circulen como verdades las ideas erróneas que sus odios les hicieron formar. Todo el que, como el jeneral Carrera, sabe ligar a su causa una falanje de decididos patriotas, de bravos soldados i de hábiles políticos, que le veneran como héroe, no es un hombre comun.

Sin embargo, en medio del debate principal, aparecen datos muy curiosos sobre algunos de los primeros i mas importantes acontecimientos de la República, narrados todos con el estilo entusiasta e hiperbólico, propio de circunstancias en que manaban sangre todavía las heridas que la Metrópoli infirió a la América, las cuales vistas por el microscopio revolucionario adquiririan dimensiones extraordinarias. El siguiente trozo que abre la narracion, dará una idea del tono jeneral de la obra. «No serian bastantes, dice el manuscrito, a dar abasto en un año todas las prensas de la América, si se destinasen a dar a luz volúmenes, que recordaran la conducta de los mandones españoles, desde el aciago tiempo de la conquista mas bárbara, que los católicos reyes de España ejecutaron en estos países felices i tranquilos. La humanidad se resiente al contemplar los torrentes de sangre americana, que la codicia de unos aventureros hizo derramar en los vastos continentes de estos hemisferios. No ha sido bastante a enjugarse en trescientos años pasados ni lo será hasta la consumacion de los siglos, hasta cuyo tiempo debemos tomar parte en su venganza, i jamas darnos por satisfechos. Todas las naciones del orbe conocen esta verdad, i hasta los mismos Españoles han tenido que confesarla en sus escritos.—Jamás varió su conducta en los trescientos i mas años de nuestra esclavitud i desde el impio ambicioso Felipe V, hasta el inepto i cruel Fernando VII, todos los reyes no han sido para nosotros, sino leones coronados, sangrientos i sacrilegos. Los Virreyes, los Presidentes, los Obispos, los frailes, los comerciantes, los empleados, los sastres, los zapateros, los verdugos, todos han venido a la América a robar, a matar, a ser nobles i a esclavizar i a aborrecer a sus mismos hijos, aun ántes de enjendrarlos.»

Voi ahora a describir, siguiendo este manuscrito, las escenas dramáticas e interesantes que principian la vida del pueblo chile-

no. Trescientos años habia vejatado la colonia, sin que otra cosa hiciese latir su corazon, sino la heróica i desesperada lucha, con que el Araucano defendia palmo a palmo la tierra de sus padres, i sin que interrumpiese la monotonia de una existencia uniforme, ninguna fuerte emocion, de esas que sacuden las naciones i las empujan adelante. Mas el 11 de Julio de 1810, en ese Santiago ántes tan calmado i silencioso, el ruido, el movimiento i la agitacion indicaban que algo extraño le despertaba de su letargo de tres siglos. El batallon de Penco, la guardia de confianza del presidente Carrasco, se formaba imponente en la plaza, mientras que se reunian grupos i corrillos de toda clase de jente, por cuyo aire azorado se traslucia que en aquella partida jugaban los grandes su cabeza i los pequeños su libertad. Los primeros se exponian a la horca, los segundos al presidio, si sus quejas no eran atendidas. I por cierto, que tenian razon para temer que los abandonase la suerte ya que no la justicia. Los guardianes de las instituciones añejas, olfateaban la tempestad, i no ponian mui buena cara a semejantes asonadas, por lijítimas que fuesen. Era inaudito i sin ejemplo en los anales del pais, que el pueblo osase por medio de sus mas irrecusables representantes demandar ante un tribunal al delegado de su Majestad, que se le habia enseñado a respetar, como una arca santa que se profana tan solo con tocarla. Es cierto que este majistrado, uno de esos estúpidos que no saben ver con los ojos que Dios les dió, como de propósito, habia dado el mismo armas contra si; pero su juez iba a ser la Audiencia, el centinela siempre vigilante de los intereses de España, a la que no gustaban estas demandas de nuevo jénero. El pretesto de la demostracion eran las tropelias cometidas contra tres ciudadanos respetables e influyentes; mas los que atizaban el fuego, no pensaban quedarse en la mitad de la jornada.

Desde la conquista, la América escuchaba con la frente en el polvo las órdenes del Monarca, que a la distancia se imaginaba un ser superior a la especie humana, terrible en el castigo i bondadoso en las gracias: venerarlo era un dogma que habian introducido en su credo. Pero el idolo fué precipitado del trono i suplantado en parte por un hereje i en parte por una junta de hombres, como los Americanos. El respeto no podia ser ya tan profundo, i como las revoluciones son para el espíritu lo que el contajio para los cuerpos, las del viejo mundo habian tenido eco en las pacíficas i sumisas colonias. Una agitacion sorda i subterránea conmovia a los habitantes de Chile i queriendo Carrasco

ahogarla en su cuna, encarceló e hizo salir para Valparaíso a Vera, Ovalle i Rojas, atropellando la lei. La noticia de que los habian embarcado, apesar de la promesa arrancada al Presidente de restituirlos a la capital, obligó al Cabildo a pedirle cuenta ante la Audiencia de aquella conducta despótica. Hé aquí la causa de la agitacion febril, que el 11 de julio de 1810 atraia el pueblo a la plaza pública.

Los municipales en cuerpo, se encaminaron al tribunal, para solicitar que compareciese Carrasco, a responder a los cargos, que estaba encargado de dirijirle el Dr. Argomedo. Una apiñada muchedumbre, que se engrosaba por momentos, llenaba los alrededores. Cuando el acusado, ruiendo de cólera, se preparaba a concluir la funcion a culatazos, una comision de Oidores, a quienes inspiraba cuidados la rabia popular, fué a aconsejarle que se presentase. Confiado en la fuerza armada, salió de su palacio resuelto a escarmentar de una vez a los alborotadores. Con los puños cerrados i el rostro encendido por la indignacion, sube apresuradamente los escalones de la sala de justicia, abriéndose orgulloso paso por entre los concurrentes, a quienes quisiera aniquilar en un minuto si posible fuese. *¿Cuánto tiempo pensáis permanecer en libertad?* les dice, con la actitud de un monarca ofendido, paseando en contorno furiosas miradas, que él deseaba tuviesen el poder del rayo. *I vos ¿cuánto tiempo pensáis sostener le cabeza sobre vuestros hombros?* le gritan de diversos puntos, i estrechándose la multitud, le empujan al balcon, aturdiéndole con los gritos de *mirad, mirad*. Apénas percibió lo que abajo sucedia, la desesperacion i el orgullo humillado, alteraron su semblante. La tropa, esa tropa que pocos momentos ántes contemplaba con el arma al brazo, dispuesta a ser el apoyo de la tirania, fraternizaba ahora con el pueblo, que contra él vociferaba terribles amenazas. Entónces le asaltó la idea de perder su autoridad, a la cual, cuado volvió a la sala de audiencia, dieron el golpe de gracia las elocuentes i aterrantes palabras del Dr. Argomedo, el tribuno de la revolucion. No habia mas medio que ceder, i tal fué la resolucion de Carrasco, despues de una conferencia secreta que tuvo con un Oidor, i en la cual se le hizo comprender sin duda que debia este sacrificio a la causa real. Con la mayor sumision i respeto, admitió pues las condiciones del cabildo i entre los mayores temores, vejado i escarnecido, lleno de vergüenza e ignominia marchó a cuidar con libertad de la *Negra* i de los *Gallos*, objetos únicos de su primera atencion. Bien pronto las tareas del gobierno, no

le distrajeron de tan digna e interesante ocupacion; pues a consecuencia de su renuncia forzada, le sucedió el Conde de la Conquista, primer Presidente chileno.

Entonces Chile osciló un momento, entre el coloniaje i la independencia. Los innovadores vieron aclararse sus filas; pero los que permanecieron firmes, trataron de suplir el número por un aumento de coraje i de entusiasmo. Desertaron las banderas de la libertad, muchos que, si habian tomado parte en los anteriores movimientos, solo fué a impulsos de odios privados contra Carrasco. El tirano Presidente era su enemigo, i no la España ni su rei Fernando; por cuya prosperidad hacian orar a sus hijos. A los patriotas no les era posible retroceder: para ellos, la derrota era la muerte, pues los pechos realistas no abrigaban compasion, i por eso, conociendo que es resbaladiza la pendiente revolucionaria, se empeñaban en empujar ácia ella a la nacion, proclamando reforma tras reforma. Ya no se contentaban con tener por jefe a un compatriota, i querian *Junta*.

Se pusieron pues con este objeto, a trabajar con mayor vigor i fuerza; para hacer conocer a los ciudadanos sus derechos, el estado infeliz de la monarquia española i los males a que estaba expuesto el reino; si no se separaba de su obediencia i buscaba en sus grandes recursos la dicha a que debia aspirar i que el tiempo le demarcaba. No habia prensa, ni se podia hablar con libertad; era preciso recurrir a pasquines i a escritos de mano i a los de Buenos-Aires, que se hacian circular a millones por todo el reino, i de este modo se pudo ir haciendo una faccion conocida, que se opusiese a las miras de los Oidores, empleados, pelucones i Europeos-Españoles, que estaban preparados a sujetar a toda costa cualquiera otra innovacion, que se pensase. El poder i el oro estaban entre los opresores, i en todo era la lucha desigual: en la casa del mismo Presidente tenian espías perennes, para impedir que ningun liberal se acercase a hablarle al conde, sobre transformacion del gobierno.

Toro era un anciano con que no podia contar ninguno de los dos partidos, quebrantado por los años, como un niño, variaba de opinion por horas, segun aquel de sus hijos con quien hablaba; pues estos servian a distintas causas. El retrato que de él nos dibuja el manuscrito i las escenas domésticas que describe, estan conformes con el Diario del Dr. Argomedo.

Las consecuencias del debate importaban tanto a Chile, que con él se ajitó la sociedad entera. Se habia introducido la dis-

cordia, anarquía i desconfianza en las familias: los de una misma casa no se entendian, el marido opinaba de un modo diferente al de la mujer, los hijos i los domésticos de otro, hasta hacerse trascendental a la plebe, debiéndose recelar de la fermentacion que se observaba en el pueblo un momento de desórden que debia haber causado males irreparables: a esto aspiraban los Godos para ensangrentarse en el partido liberal.» Altos dignatarios del clero, adheridos a los intereses de la Metrópoli, complicaban la religion con la política, haciendo temer como resultado necesario de la reforma los *escándalos* de Buenos-Aires.

Los pueblos, como los hombres, no pueden soportar por largo tiempo la ansiedad i la duda, suspendidos entre la vida i la muerte, sin saber a qué lado se inclinará la balanza. Miéntras que las viejas creencias vacilan en los trastornos sociales, i cuando falta en todo el equilibrio, se reciben impresiones tan penosas, que cada cual trabaja por salir de semejante estado. Los patriotas i los realistas quisieron poner término a la agitacion, apelando al vecindario de Santiago. Cuatrocientas esquelas de convite se repartieron por mitad entre Chilenos i Españoles, para que en union de las autoridades, fijasen el 1.º de Setiembre la voluntad nacional, con respecto a la clase de gobierno. Antes que amaneciese el gran dia de Chile, recorrian la ciudad patrullas que tenian órden de no permitir que se agrupasen en la calle tres personas. Reinaba un silencio forzado, que solo interrumpia de cuando en cuando el paso acompasado de la tropa. Los *Chapetones* iban al Consulado, sitio de la reunion, con el convencimiento de que tenian ganada la votacion. Alhagaban su fantasía sueños dorados: Toro subsistiría hasta la llegada del nuevo Capitan Jeneral, no se convocaría esa *junta* tras la cual se escondia la república i Chile se petrificaría bajo el látigo de los *mandones* españolas. No necesitaba sino saber aritmética para formase cuentas tan halagüeñas. Los doscientos votos que les habian repartido estaban seguros, i creian que la mayoría de los chilenos, era suya. El cálculo habria sido mui exacto, si los otros se hubiesen dormido; pero tenian mas chispa que los *Sarracenos*, i eran mui avisados en eso de dar un golpe atrevido.

Cuando las autoridades i el vecindario estuvieron reunidos en el salon del Consulado, don José Miguel Infante abrió la sesion, con el discurso, de que ha dado a conocer fragmentos el Sr. Tocornal en su Memoria, discurso que para entónces era un prodigio de elocuencia, que electrizó a un gran número de concurren-

tes. *Viva la junta, el pueblo quiere junta, procédase a su instalacion* i otros gritos semejantes resonaron como el trueno, al concluir el orador, dejando «frias estatuas» a los realistas, que jamas se imaginaron tal conclusion de fiesta. Para abrir los ojos a los incautos i volver al buen camino a los extraviados, se avanzó hasta el medio del salon, con intencion de ser el órgano de su partido, uno de los mas exaltados *Chapetones*, por desgracia tartamudo i de limitados alcances, pues pertenecia a la clase ramplona, dice el manuscrito. El estorbo con que la naturaleza aprisionó su lengua, i la solemnidad de las circunstancias, no dejaron escapar de su garganta, mas que sonidos ahogados, i que acompañaban las mas feas i ridículas muecas, que a causa de los esfuerzos que por pronunciar hacia, desfiguraban su rostro. Las carcajadas de los concurrentes, aplaudian tan cómica escena, hasta que en fin un ciudadano compadecido de las penas del paciente, tomándolo del brazo, le restituyó a su asiento. Acoquinados ya por la audacia entusiasta de los libres, este nuevo incidente que les hacia el blanco de la burla, les quitó toda su sangre fria i tuvieron que abandonar el campo, teniendo en su retirada que sufrir el martirio de que a cada paso les preguntasen *¿cómo habia ido de votacion?*

Despues de la vergonzosa retirada de los Españoles, no hubo dificultad para que se organizase el nuevo gobierno compuesto de siete individuos, máquina pesada, de difícil manejo en cualquiera ocasion, sobre todo en una crisis revolucionaria. No todos sus miembros poseian intelijencia i voluntad para ponerse a la altura de su situacion: no a todos los alentaba la fé en la causa cuyos campeones habian sido proclamados, i vacilaban. El que allí representaba el jenio de la revolucion, era el Dr. D. Juan Martinez Rosas, espíritu profundo i atrevido, que alimentado con la ciencia i la filosofía del siglo dieziocho, se hallaba dotado de bastante coraje, para luchar por la realizacion de sus teorías. No solamente especulaba, sino que con el entusiasmo de las fuertes convicciones, trabajaba porque la verdad se tradujese en hechos. Mas para jefe, tenia el inconveniente de encontrarse veinte años por lo ménos adelante de Chile, i no veinte años de la vida del coloniaje, sino veinte años pasados a la sombra de instituciones progresistas. Mui influyente en Concepcion, residencia de la mayor parte del ejército, Rosas habia soplado la revuelta en los ánimos i preparádoslos para que prestasen sumision a la Junta tanto los simples ciudadanos como los militares: ser-

vicio importante que apartaba un estorbo temible, que los patriotas hubieran podido encontrar en su camino: las bayonetas de los soldados. Su presencia solo en Santiago (estaba en el sud al tiempo del movimiento de Setiembre) introdujo el terror en el alma de los retrógrados i la esperanza en la de los libres.

Segun los datos que suministran las Memorias de que doi cuenta, la sociedad chilena de entónces se hallaba mas atrasada, que ahora la de muchos lugares de provincia: era una sociedad moji-gata, hipócrita, que se cuidaba de las apariencias i no de las intenciones. En ella, el chisme reinaba como soberano despótico, las enemistades estallaban sordamente i el mismo que aguzaba el puñal para herir, protestaba de su inocencia. Así los sostenedores del sistema antiguo, no declararon al Doctor Rosas a quien aborrescían *como al enemigo del jénero humano*, una guerra franca a cara descubierta, sino que subterráneamente propagaron acusaciones que iban armar en su contra las preocupaciones, i a anular la influencia que su saber i sacrificios le habian adquirido. Rosas, murmuraban, leía libros extranjeros, preñados de herejía i corrupcion, oía la mayor parte de la misa de pie i no se descubria la cabeza al toque de oraciones. En la situacion de Chile estas criticas de sacristía, arruinaban la reputacion mas bien sentada; de modo que Don Juan Martinez Rosas, proclamado el *Patriarca de los herejes*, perdía sin remedio la confianza del pueblo, imposibilitándose para prestar a su causa, todo el apoyo que podia.

Por tales reproches, no se puede calificar a un hombre de incrédulo, sin embargo contribuian a fortificar en el pueblo la idea de que el partido liberal abrigaba un odio disfrazado ácia el catolicismo. Es por cierto muy sensible, que algunos de los Padres de la independencía, estuviesen tan contagiados con las doctrinas de los enciclopedistas, no solo con lo que tenian de verdadero i eterno, la proclamacion de la libertad i de los sagrados derechos del hombre, sino tambien con sus antipatías contra el sentimiento relijioso. Emprendian dos revoluciones a la vez: intentaban reformar la relijion i la política, i el peso era excesivo para sus hombros. En aquellas circunstancias particularmente, aun cuando no hubiese sido mas que por no poner en guardia a un adversario formidable, debieron ser mas circunspectos.

El Dr. Rosas, desprestijiado por tan innobles intrigas, encontraba obstáculos insuperables para la ejecucion de sus planes. Los mismos que estaban llamados a sostenerle, se mostraban irresolutos, i los liberales perdian terreno manifestamente, descu-

bríendose por la altanería que de nuevo ostentaban los realistas el triunfo de su opinion. Aquel buen patriota, no desmayó sin embargo, i ya que por la falta de enerjía de algunos de sus cólegas, no pudo abolir la Audiencia i declarar libre el comercio extranjero, como lo proyectaba, les aconsejó al ménos que pusiesen la nacion en estado de defensa, armando a sus compatriotas. Habria deseado que se diesen los primeros grados en los batallones que iban a reclutarse, a los oficiales veteranos de Concepcion i de Valdivia, llenándose por jóvenes entusiastas los puestos subalternos, con el objeto de relacionar todas las fuerzas. Mas el atractivo de las charreteras i de los sueldos, puso en campaña un enjambre de pretendientes, que asaltaron con *empeños* a los miembros del gobierno. El favor estuvo pues para mucho en algunos de los nombramientos que se hicieron, i por de pronto no se consiguió otra cosa, sino que matizasen las calles de Santiago los nuevos oficiales lujosamente vestidos, mientras que el ejército que debían mandar no estaba mas que en proyecto.

Contra tales escándalos, no faltó una protesta, pero mui característica i que pinta por sí sola la sociedad, como los otros hechos que refiero. El *pasquin*, caricatura esplicada por algunos versos, era a veces en aquella época el órgano de la opinion pública, el equivalente de la prensa. Pero otras, solo importaba un cartel de infamia contra un individuo, que en paraje concurrido clavaba por la noche una mano cobarde, escudada con la irresponsabilidad que le concedian las tinieblas. Casi siempre personal i compuesto en su mayor parte de figuras, mas bien que de letras, daba formas a la injuria, siendo digna concepcion de un pueblo en la infancia. Amaneció un dia a las puertas de palacio, un cartelon semejante en que groseramente se habia dibujado un numeroso cortejo de oficiales con brillantes uniformes, seguidos de un solo soldado andrajoso i mal traído. La aplicacion no era por cierto mui difícil. Estos pasquines reemplazaron, como he dicho, la prensa hasta que los Carreras introdujeron la imprenta, e importaria mucho para la historia nacional, que se lograra reunir una coleccion de tan curiosos documentos, lo que quizá se conseguiria, si se recojiesen de algunos contemporáneos que aun existen. Mas tarde en medio de la irritacion que excitaba la conducta del primer Congreso, circuló un pasquin titulado la *Linterna Májica*, «en el que cada vocal era representando con las armas de la ignorancia i la traicion: i el Doctor Rosas pintado con capa, poncho, zuecos i espuelas tenia a sus pies un cuarteta que decia:

¡Afuera, tonto ladrón!
I porque no me persigan,
Ni mas testimonios digan,
Me voi para Concepcion.»

La Junta demasiado lenta en moverse, quedandose atras, perdía su puesto a la cabeza de los revolucionarios. Los motines capitaneados por Azúa i Figueroa, en los cuales segun el manuscrito, el gobierno dió prueba de una debilidad culpable, produjeron murmullos de indignacion i de rabia en las filas de los patriotas. El autor de las Memorias, veterano acostumbrado a decidir las cuestiones por la espada, al echarle en cara la cobardia de sus medidas en tales circunstancias, prorrumpe en furiosas exclamaciones que por el desaliño del lenguaje i la exaltacion de las ideas prueban que las pasiones de esa época pasada no dormian en su pecho i le quitaban toda su calma: «¡Virtuosos gobiernos, dice, los que inflexibles en sus deberes en servicio de su patria, se hacen superiores a todo lo que no sea cumplir con majestad, el gravísimo cargo que se han impuesto! El árbol de la libertad en contraposicion a los tiranos, desde que se planta debe regarse con sangre de estos, si así no se verifica nace triste, crece débil i cualquier viento lo trae al suelo. ¿Quién vió conservarse su rebaño, permitiendo leones en sus mismos apriscos? ni quién podrá guardarse en su casa, teniendo en ella los mayores enemigos?»

Al lado del partido conservador, tortuga política, que se dejaba arrastrar por la revolucion, no sabiendo gobernarla, aparecia otro democrático i progresivo, que se reclutaba particularmente entre los jóvenes, i reconoció por su jefe, primero a don Juan José Carrera, i despues a su hermano. Es curioso observar en este escrito tan impregnado de hiel ácia esos valientes soldados de la libertad, las confesiones que la verdad le arranca. Los realistas se enseñoreaban otra vez de la opinion pública, casi sin combate, cuando don Juan José Carrera, i sus partidarios, llenos de atrevimiento i de ardor juvenil por la causa de la patria, con sus *travesuras* los aterrorizaron hasta el punto de no atreverse a salir de sus casas. La firmeza i decision de que se armaban, les dió una posicion respetable, i el enviado que venia de Buenos-Aires a uniformarse con los Chilenos, para que los dos paises marchasen acordes, se entendia con don Juan José Carrera, mas bien que con cualquiera otro. Don José Miguel Carrera, con mas jenio que

su hermano, supo a su llegada afianzar la organizacion de los liberales, i dueño de las tropas, hizo concebir esperanzas de que Chile seria independiente i de que se verificaria un trastorno en su sociabilidad. Poseia las cualidades propias para ser el caudillo de una democracia: intelijencia elevada, audacia i un exterior que imponia a la muchedumbre i que el realizaba de intento o por instinto. En los movimientos populares, se presentaba, segun lo cuenta el manuscrito, en un caballo de batalla seguido de numeroso pueblo, que asombrado caminaba tras sus huellas, i vestido con un magnifico uniforme de húsares, cubierto de bordados i de botones, «i con otros adornos todavia no vistos, i con este aparato se hacia admirar de todos.»

Despues de haberse ocupado de todos estos sucesos, las Memorias historian las primeras campañas de la independenciam, sin perder una ocasion de saherir a Carrera, i hai tambien algunos capitulos, para ensalzar las hazañas i virtudes del Jeneral O'Higgins. ¡Es bien triste el odio encarnizado que se profesaron estos dos hijos de una misma madre! El mérito principal que a mi parecer tiene el manuscrito, consiste en que no se contenta con llevarnos a la plaza pública i al campo de batalla, sino que ademas nos conduce al hogar doméstico, i nos permite sorprender despojados de su traje de ceremonia a algunos personajes. Asi podemos formarnos una idea exacta de la primera época de nuestra historia, i conocer su parte ridicula, porque la tuvo, como todo lo que pertenece al hombre. Deslumbrados por lo sublime i lo grandioso de la empresa, cautivos de la gratitud, que con justicia debemos a los padres de la patria, hemos apartado la vista de los pueriles sainetes, que se representaron con el gran drama. Mas cuando leemos los libros de la clase de aquel que he analizado, nos persuadimos, que, si en la fábula el asno se cubrió con la piel del leon, en nuestra revolucion al contrario, el leon se ocultó amenudo bajo la piel del asno.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.